

# Método Montessori

(EXTRACTADO DEL ARTÍCULO  
“PRINCIPIOS GENERALES DEL  
MÉTODO MONTESSORI”, POR LEONOR  
SERRANO, DEL LIBRO EL MÉTODO  
MONTESSORI, APARECIDO EN 1928).

AQUEL MAESTRO TAN ESFORZADO, CULTO, ESTUDIOSO, LECTOR DE MÚLTIPLES LIBROS, RECOLECTOR DE VARIADAS CULTURAS, SU VOCACIÓN SE DEBILITA Y, A MENUDO, FRACASA ANTE EL MUNDO DE UN NIÑO, UNA REALIDAD DESCONOCIDA, UN UNIVERSO DIFERENTE, REBELDE Y LIBRE. EN PRINCIPIO NO ES FÁCIL AJUSTARSE A LAS NECESIDADES DE UN NIÑO.



María Montessori y sus alumnos



“ Creéis tenerlo, en vuestro gabinete de psicología experimental, este pequeño ser, vivo y voluntarioso? ¿No se os ocurre que éste huye ante vuestras investigaciones en el momento mismo en que lo queréis coger? ¿Y mientras él se escapa de vosotros y os deja en la mano un polvillo de humanidad, no se os ocurre que quedáis en una posición científica inferior a la del niño que coge al vuelo una mariposa y la observa para descubrir el mecanismo de su vuelo interrumpido?”

“ ¿Quién de vosotros, suponiéndose biólogo, se prestaría a estudiar la vida fisiológica, desde un punto de vista externo y descriptivo, fraccionándola y desecándola? ¿Y que, en cambio, no tuviera cuidado de preparar gusanillos... soluciones frescas y específicas para hacer continuar a la célula su proceso vital?”

“ ¿Es decir, que no pensase en un “medio de cultivo” para favorecer la vida y después tener el derecho de hablar? ¿Y por qué no pensar otro tanto de la vida espiritual?”

En el Manual del Método Montessori se señala

que el niño necesita una firme base para la vida. Si se la domina, si se la estrecha, limitando su personalidad naciente, es como impedir el crecimiento de una planta; es encarcelar y deformar prematuramente la personalidad del hombre del futuro. Educarle no es reglamentarlo, puesto que aún no está formado, y, en general, todo reglamento puede deformarlo: educarlo será desenvolverlo plenamente en su potencia vital, que ya lentamente se encargará luego la cultura y la vida social de adaptarle al medio más propicio a su fuerza interna.

Esa potencia vital del niño, ese impulso primitivo, esa "hambre interior", para M. Montessori exige -y éste es todo el secreto del libre desarrollo del niño- un ambiente adecuado, que organice los medios necesarios para la nutrición interna del alma del niño. No se trata, pues, de plantearnos los medios para organizar de fuera a dentro (como ha propagado mucho tiempo la pedagogía intelectualista, herbartiana, principalmente) la personalidad interna del niño, sino ofrecerle el alimento espiritual necesario para que se desenvuelva "él solo", y de momento de dentro a fuera, cuanto más individual, mejor. La sociabilidad consciente será la suprema etapa educativa espontánea, pero no la primera caracterizada por la sociabilidad o solidaridad informe con el ambiente, del cual tanto necesita para su nutrición sacar los elementos para afirmar él solo su naciente individualidad.

Esta concepción biológica de la educación, superando a la experimental, es la característica del Método Montessori y uno de sus más felices acier-

tos en la aplicación a los "muy pequeños". La educadora es la preparadora de alimento espiritual. La escuela, el terreno o medio de cultivo. El niño, el sujeto de experimento. Claro está que ella se esfuerza en superar al experimento con un concepto más biológico, más esencialmente vitalista hasta la divagación en sus últimas obras sobre una nueva mística o religiosidad de la vida naciente: de la vida interior, al fin, sublimando a la vida biológica. Pero sus ideas parten de este concepto vitalista de un radical positivismo, como procedentes de la medicina y de la fragmentaria pedagogía de anormales.

EDUCARLE NO ES REGLAMENTARLO, PUESTO QUE AÚN NO ESTÁ FORMADO, Y, EN GENERAL, TODO REGLAMIENTO PUEDE DEFORMARLO: EDUCARLO SERÁ DESENVOLVERLO PLENAMENTE EN SU POTENCIA VITAL, QUE YA LENTAMENTE SE ENCARGARÁ LUEGO LA CULTURA Y LA VIDA SOCIAL DE ADAPTARLE AL MEDIO MÁS PROPICIO A SU FUERZA INTERNA.

La educación de los pequeños es fundamentalmente para la doctora Montessori "desarrollar las energías" de dentro a fuera, inicialmente biológicas, claro está, en su primera etapa, ofreciendo un ambiente adecuado. Ahora bien: ¿cómo empezar ese desarrollo?

La forma y organización antropológica del niño ya ofrece a primera vista algunos indicios. El niño no es un hombre pequeño. Su cuerpo necesita desarrollarse paulatinamente en un ambiente adecuado, sano, donde el mobiliario: silla, mesa, estén hechos a su medida, que no estorben su natural movilidad.

Para un buen desarrollo, la primera infancia requiere libertad. Para que el niño encuentre sus estímulos adecuados es preciso darle la máxima libertad, base fundamental de la biología humana.

No hay mayor tortura para un niño que la clásica disciplina de quietud escolar y tanto más cuanto más pequeño sea.

Un niño quieto es signo de enfermedad o debilidad orgánica. Imponerle quietud es lentamente enfermarle.

"Para que nazca la pedagogía científica es preciso que la escuela permita las libres manifestaciones naturales del niño: ésta es la reforma esencial".

"Uno de los principios fundamentales de la pedagogía científica debe ser la libertad de los alumnos, libertad que permita el desarrollo de las manifestaciones espontáneas del niño".

Pero la libertad no quiere decir movimiento desordenado, sin objeto o con objetivo pernicioso; ni enredar ni molestar o hacer daño a objetos o personas. La libertad es elección de estímulos útiles y hasta pasividad voluntaria, que puede ser un momento de desorientación espiritual o debilidad biológica; pero que hay que esperar que pase.

No es lo corriente. Lo usual es que la avidez primera de estímulos haga elegir una u otra ocupación. De la libertad surge la actividad. El trabajo, así llamado cara al resultado, para el hombre; como la actividad, cara al esfuerzo, gimnasia espiritual o juego para el niño; la libre actividad es el secreto de la suprema disciplina escolar y social.

Hay que dar libertad como disciplina de la actividad del trabajo, del bien, pero no para la inmovilidad, para la pasividad, para la obediencia, dice Montessori. Una colmena, un taller familiar, una fábrica, a pesar del ruido y del movimiento, están perfectamente disciplinados, no se molestan unos

a otros y producen un bien para la colectividad. El ambiente de estímulos y actividades es, pues, esencial para una sólida libertad de trabajo interior, que da la disciplina exterior.

Otro principio básico es el ambiente, que debe estar adaptado a los niños. "Ello es una obra de servicio social, porque aquél no puede desenvolver una verdadera vida en el ambiente complicado de nuestra sociedad y menos aún en el de los refugios y prisiones que llamamos escuelas... En lugar de esto debemos prepararle un ambiente donde la vigilancia del adulto y sus enseñanzas se reduzcan al mínimo posible; cuanto más se reduzca la acción del adulto, tanto más perfecto será el ambiente. Este es un problema fundamental de la educación... Es preciso preparar con solicitud el ambiente, es decir, crear un nuevo mundo, el mundo del niño".

OTRO PRINCIPIO BÁSICO ES EL AMBIENTE, QUE DEBE ESTAR ADAPTADO A LOS NIÑOS. "ELLO ES UNA OBRA DE SERVICIO SOCIAL, PORQUE AQUÉL NO PUEDE DESENVOLVER UNA VERDADERA VIDA EN EL AMBIENTE COMPLICADO DE NUESTRA SOCIEDAD Y MENOS AÚN EN EL DE LOS REFUGIOS Y PRISIONES QUE LLAMAMOS ESCUELAS..."

la natural disciplina que exige la alimentación y desarrollo de estos humildes compañeros (el perro, el gato, las gallinas, los conejos, etc.), por la gran autoeducación y autocorrección que exige el curso natural de la vida en observación.

Es fundamental un mobiliario que se ajuste a los pequeños, y que sea atractivo. En algunas Casas de niños tienen un rincón adecuado con pequeños silloncitos para la hora de contar cuentos, con sillitas individuales o colectivas, con pequeños lavabos en rincón adecuado, utensilios y vajilla de

mesa para la merienda. Este material lo han de poner y guardar ellos como esencial y autoeducadora disciplina de movimientos. La limpieza, el manejo y conservación del mobiliario son actividades naturales de su vida práctica. Los descuidos, discretamente vigilados, en lo posible, si no son excesivamente frecuentes, lejos de ser un mal, constituyen una buena lección natural, colectiva y social, que evita el atolondramiento y estimula la autoeducación de todos.

Además, se requiere un buen material didáctico, con la esencial característica de ser autocorrector de errores. La educación de los sentidos, el aprendizaje de las más elementales disciplinas pedagógicas -dibujo, lectura, escritura, cálculo- educan, no solamente la sensibilidad del niño, sino su ansia de trabajo, de ordenación mental por medio del manejo manual y sus tanteos de individualidad y autoeducación. Un sistema completo de "experimentos pedagógicos con objetos del material de enseñanza ayudará a los niños a su desarrollo".

Por otra parte, la educadora ha de ser aparentemente pasiva, no hablar demasiado, no abusar de la palabra más que muy limitadamente, porque el niño no puede comprender el lenguaje de la abstracción. No lo puede resistir. Necesita actuar, trabajar con el material adecuado, que llegue a interesar a sus manos y su mente a la par; lo uno completando a lo otro, en equilibrio de acción y reacción sobre el ambiente. Esto es lo más fácil de ejecutar para el niño, como lo más cómodo para el adulto, rara vez paciente ante los tanteos

de los muy pequeños.

Ofreciendo el estímulo, más o menos pronto reaccionará, trabajando por su cuenta. Basta esperar. Éste es el camino más simple y biológico.

Otro principio básico es la inhibición o acumulación de la energía interior, silenciosa ante el estímulo sensorial, es la suprema elaboración del alma, la más difícil.

LA VERDADERA DISCIPLINA DE LA LIBERTAD LO EXIGE. DEBE HABER MOMENTOS DE "VOLUNTARIO" SILENCIO, DE "VOLUNTARIA" QUIETUD, DE "VOLUNTARIA" INHIBICIÓN Y FRENO, DE INSTINTIVOS Y DEMASIADO DÓCILES MOVIMIENTOS. EL EXIGIRLO DURANTE HORAS Y HORAS POR LA VIOLENCIA O COACCIÓN PURAMENTE EXTERIOR Y A NIÑOS TAN PEQUEÑOS, IMPRESIONABLES, ES PARA LA MADRE O MAESTRA LA TAREA MÁS ÍMPROBA, AGOTADORA Y COMPLETAMENTE INADECUADA.

La verdadera disciplina de la libertad lo exige. Debe haber momentos de "voluntario" silencio, de "voluntaria" quietud, de "voluntaria" inhibición y freno, de instintivos y demasiado dóciles movimientos. El exigirlo durante horas y horas por la violencia o coacción puramente exterior y a niños tan pequeños, impresionables, es para la madre o maestra la tarea más ímpresa, agotadora y completamente inadecuada. Unos pocos minutos de silencio, de concentración de vigilancia de movimientos y aguzamiento interior de los sentidos precediendo o siguiendo a una breve plegaria son un pequeño esfuerzo cotidiano para la creación de la vida interior de inhibición, de la vaga religiosidad de lo desconocido, reconfortante y unificadora hacia dentro, en contraste con el posible exceso de sensorismo del ambiente de fuera. Este breve esfuerzo de soledad, concentración y aislamiento lo da "la lección del silencio", uno de los más curiosos ejercicios en el Método Montessori. Es -cuando muy breve- agradable, por contraste, para el párvalo. Para ello se precisa una maestra inteligente, alerta, que sepa provocar el ambiente adecuado.